# Desmadradas

Lucía Ferrari

# Desmadradas

Lucía Ferrari

Avant
editorial

Primera edición, julio de 2026
© Lucía Ferrari, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-68-9
THEMA: FBA, FL, FQ, JBSF1, 1KLSU, 5PB, FV
DEPÓSITO LEGAL: M-14269-2026

*Para Itzel y Renzo.*

*A mi familia,*
*en sus distintas transformaciones.*

*A la Casona*
*y sus seres sutiles.*

# *Capítulo I*
# NIÑA SANTA

*«¿Por qué te precipitas hacia la maternidad y verificas*
*tu ácido oscuro con gramos a menudo fatales?»*

Pablo Neruda

Para que todos estén felices, María Pilar del Alba Riales González aceptó ser la cocinera del casamiento de sus hermanas. No se distinguía por sus artes culinarias, pero sí sabía poner la especia justa que hacía del pollo asado el aroma más apetecible o a los guisos el laurel apropiado para hacerle agua la boca al paladar más exigente. Lo cierto es que, desde la noche anterior, rastreaba los ingredientes que la exigente receta requería buscando no solo el sabor más apetecible sino también y, sobre todo, el bienestar del estómago y del alma. Remedios y Cándida Riales González estaban comprometidas, desde que eran niñas, con los hermanos Aragón, hijos de don Rodrigo Aragón, vecino de La Roseta y única competencia de esta en el buen ganado vacuno y en el mejor equino de la región en varias leguas a la redonda. Luis Ernesto y José Carlos Aragón, con diferencias de diez meses en edad, se habían enamorado de las hermanas Riales González respectivamente espiándolas en el fondo del rancho. Mientras toda la peonada dormía, abandonados por el calor de enero, y el matrimonio Aragón retozaba en la fresca

alcoba principal, sus hijas se escapaban para bañarse a sus anchas en el río con los púberes hermanos.

Se cree que en una de esas siestas se engendró María Pilar del Alba, quien llegó a este mundo en la última carneada de octubre, cuando don Alberto Riales, junto con todos sus hombres, aseguraban el alimento del verano para toda la familia y la peonada. Desde pequeña, María Pilar del Alba tuvo predilección por las hierbas aromáticas. Sabía distinguir cada aroma y adivinaba su función exacta que luego repartía en sus dosis justas. También solía perderse por el monte descubriendo nuevas hierbas que experimentaba con su propio cuerpo. Lo que para ella era su gran pasión, para la Nana era un don extraño que tenía su niña; y para su madre una pérdida de tiempo. Doña Eugenia González de Riales heredó de su padre un escepticismo tan atroz que, frente a cualquier dolor, prefería encerrarse a oscuras tres días seguidos antes que llamar a un médico por considerarlos brujos de la época moderna. El día que María Pilar del Alba le frotó en la panza, con sus manitas pequeñas, un estafiate recién arrancado para eliminar los parásitos que la tenían enferma desde hacía semanas, doña Eugenia pensó que su hija estaba siendo influenciada por la obsesión científica que vivía su época; y, cuando a los días volvió a aparecer con un extraño ajenjo que expulsaría definitivamente a las lombrices, su paciencia llegó al límite. Gritó, lloró y echó a la pequeña María Pilar del Alba de su cuarto; pero, a los días de estar encerrada a oscuras en su habitación, revolcándose de dolor, cedió a tomar el extraño brebaje antes de que su enfurecido marido cumpliera la amenaza de ir personalmente a buscar al médico del pueblo. Esa noche, expulsó tantos parásitos que la Nana no entendía cómo su patrona conservaba los órganos y cómo al día siguiente amaneciera rozagante y con apetito. La cuestión

fue que, desde ese día, doña Eugenia prefirió dejar de pelear contra el pasatiempo de su hija menor; no porque confiara en ella —como creían todos desde el episodio con las lombrices, a lo que ella adjudicaba a la pura casualidad— sino porque doña Eugenia gastó su escaso instinto de madre con las hijas que más pronto llegaron a este mundo, y María Pilar del Alba le ocasionaba una carga tan grande que ni delegando la mayor parte de las responsabilidades en la Nana podía aliviar. Dejar de luchar contra el espíritu científico de esa niña le ocasionó un inmenso alivio que significó el fin de su maternidad en una hija tan pequeña. De ahora en más se dedicaría a preparar las bodas de sus hijas mayores y después su etapa de madre estaría cumplida. Solo debía fingir. Fingir que estaba atenta a las necesidades de una niña pequeña, fingir que regañaba a la Nana por alguna labor mal cumplida, fingir que elegía con interés la ropa de su hija en las reuniones sociales o que seguía con esmero su educación. Siempre recordaba la mañana en que pusieron en sus brazos a aquel bebé escuálido, silencioso y femenino, como el día en que empezó a envejecer. Su poco entusiasmo en ese tercer parto era la posibilidad de haber traído un varón, única razón a la que ella adjudicaba el motivo de ese embarazo; su gran deseo de un hombrecito que lavaría todas sus culpas. Hasta ese día aún se sentía una mujer joven y bonita, pero esa mañana significó para ella el final de su juventud y belleza, es decir, el comienzo de su muerte.

Porque doña Eugenia no concebía la vida sin sentirse hermosa y deseable, ni sin ser el centro en la vida de quienes la rodeaban —principalmente en la de su esposo que dividía su atención, no ya en tres sino en cuatro mujeres que pronto serían lo que ella dejaba para envejecer—. No era su deseo castigar a su hija menor con el peso del desprecio, sino que más

bien sentía una indiferencia visceral, un desgano emotivo y la culpa de cargar con un secreto profundamente guardado en sus entrañas, que se llevaría a la tumba.

Fue por la época de los parásitos de doña Eugenia cuando toda la familia descubrió dos misterios en la vida de la pequeña Riales González. Uno, su asombroso conocimiento sobre las hierbas que curan; y otro, más misterioso aún, su total incapacidad de pronunciar palabra. Hasta ese momento, el silencio abnegado de la niña era simplemente un retardo en comparación con el habla temprana de sus dos hermanas, pero nada que el tiempo no pudiera remediar. Pero, a los cuatro años de total mudez, la Nana advirtió que algo estaba mal y, a los cinco, todos asumieron la cruel verdad: María Pilar del Alba jamás hablaría porque, según su nana, Dios lo quiso así; según su padre, era un misterio del cuerpo humano; y, según su madre, porque así era y punto. Eso no impidió a la pequeña María Pilar del Alba aprender a leer y escribir, a realizar cálculos proporcionados sobre las cantidades utilizadas en sus brebajes y a conocer los ciclos de la naturaleza más propicios para saber cuándo los principios activos de la planta están maduros. A los diez años, ya sabía que se debe proceder al secado de los vegetales lo más rápido posible de forma que no fermenten los azúcares que contienen, aunque hay que tener en cuenta que las hierbas secas, poco a poco, van perdiendo sus propiedades. Las flores deben cogerse recién abiertas y secarse con papel limpio. Las hojas deben recolectarse antes y durante la floración y extenderse sobre una superficie plana., Asimismo, las plantas enteras deben despojarse de las hojas marchitas y de los restos de tierra; las semillas y frutos no suelen necesitar ningún tratamiento y las cortezas y raíces se deben obtener de ejemplares jóvenes. Mientras las niñas de la peonada jugaban a prepararse para el

destino matrimonial —vistiendo muñecas y haciendo galletas para la hora del té—, María Pilar del Alba aprendía a hacer jarabes y zumos con cada vez más precisión, y comenzaba a prepararse para la realización de aceites vegetales, tarea que llevaba la mayoría de su tiempo y que se extendería toda su vida. Al comienzo de tan singular profesión, solo la Nana se beneficiaba con los remedios caseros de su niñita, a la que alentaba y protegía como a una verdadera hija. Había estado en la familia desde siempre; cuidó a don Alberto y a sus hermanos desde que este balbuceaba, y con el mismo amor y mano firme se encargó de sus tres hijas. Pero María Pilar del Alba ocupaba un lugar privilegiado en su corazón. Esa niña sin voz le despertó algo tan grande e inmenso que nunca había sentido: un sentimiento de amor y apropiación que, a la vez, la hacía olvidar de que María Pilar del Alba no había salido de sus entrañas. Varias veces se sorprendió espontáneamente cuando doña Eugenia la llamaba *hija* y llegó a llorar de rabia cuando su patrona fingía un cariño que ella sabía que no existía. Quizás por eso se sentía con más derecho frente a la niña que su propia madre, y estaba dispuesta a protegerla, hasta con su propia vida si fuera necesario, de los desprecios de la mujer que la parió. En todos esos años, desde los comienzos cuando los Riales Santos agrandaron el rancho y con los Riales González después, jamás se le permitió que un niño bajo su protección durmiera en su pieza: cada Riales Santos y cada Riales González sabía que tenía su propio cuarto de dormir, lejos de los padres y de los criados. Solo por María Pilar del Alba la Nana desobedeció la orden tradicional. Al principio, se justificaba diciéndose cómo ella iba a estar atenta a una criatura que ni siquiera lloraba si no la mantenía cerca y luego se fue gestando un cariño tan inmenso entre las dos que ninguna se imaginaba durmiendo lejos de la otra. Esa mujer de largos

cabellos negros, piel cuarteada y edad indefinida se convirtió en el centro emocional de María Pilar del Alba, quien solo podía dormir escuchando los cantos de su nana en una lengua añeja como el mismo tiempo. Pero la Nana, criada entre blancos para servirlos, fue olvidando poco a poco su lenguaje. Solo recordaba esos cantos. Al cantarlos, caminaba por prados que quizás alguna vez pisó, saboreaba los frutos silvestres y sentía el agua fría del arroyo corriendo entre sus manos; las mismas manos que sabían amasar el barro, el junco y el cuero, y hacerlos vasija, choza y abrigo. Sentía la grandeza del *río grande como mar* correr desde el *Río de los Pájaros pintados* hasta el Atlántico, para volver en forma de enorme pájaro sobrevolando los cielos del sur y dejar sus oráculos en señal de huida y dolor. Entonces volvía y terminaba su canto, acurrucada fetalmente en su cama; y María Pilar del Alba sabía que era el único instante en que su nana la dejaba sola.

Las segundas en interesarse en los yuyos de la niña fueron las mujeres de la peonada. Poco a poco fueron acercándose en busca de alivio para sus pequeños dolores, los que fueron creciendo en importancia física y emocional. Así María Pilar del Alba se convirtió en la curandera imprescindible. No había dolor, ni herida, ni inapetencia, ni náuseas para los que la niña no brindara un zumo, un brebaje o una infusión. Atendía con la misma seriedad desde un mal de ojos a una pena de amor, desde un empacho a un posible gualicho como también jaquecas y embarazos complicados. Al cabo de dos años, la fama de María Pilar del Alba se extendió más allá de La Roseta. Todos los días aparecían en el rancho gente de los alrededores e incluso de más allá de la región. En carro, a caballo o a pie, los curiosos se acercaban a la portilla para poder ver a la niña, y, si tenían suerte, para ser recibidos por ella. Estaban los que

aseguraban verla en una especie de trance frente a las hierbas, echando espuma por la boca, y los que le atribuían milagros de resucitación. Don Alberto Riales González no sabía cómo se había llenado de tanta gente su rancho; todos los días mandaba a los criados a recoger y tirar los miles de velas que entorpecían el camino de entrada. No le importaba que las mujeres de sus peones se amontonaran en la puerta trasera, pero esto era ya un abuso, un atropello a la privacidad, una incoherencia total. Creía en el extraño don de su hija menor, pero no le daba tanta importancia como para arriesgar el prestigio que había formado en su comunidad de hombre serio. Nunca creyó que esa hija silenciosa —la que le daba menos trabajo hasta llegar a olvidarse incluso que existía— pudiera ser capaz de semejante movilización. Por su parte, su esposa, sumó un motivo más para su desgano: si antes se encerraba en su cuarto por dolor, ahora lo hacía por vergüenza, y delegaba toda posible solución en su marido, quien ya empezaba a hartarse de tantas mujeres. Añoraba la época en que había domado a machete esos parajes inhóspitos, herencia de su padre, con la sola ayuda de su fuerza de voluntad. Don Américo Riales y doña Francisca Santos se casaron en la primavera de 1851, enamorados y aliviados, porque doña Francisca ya estaba de cuatro meses de embarazo y pronto se iba a notar. Los padres de don Américo habían venido de España en un viaje de tres meses, sin más riqueza que dos hijos, otro en camino y una maleta, para desembarcar en la tierra de las oportunidades el mismo día que llegó a este mundo el abuelo de María Pilar del Alba. A su entusiasta padre, no se le ocurrió mejor augurio que ese y bautizaron al pequeño de los Riales con el nombre de la tierra que los acogería: Américo. Sin embargo, las expectativas no eran muy buenas para la familia Riales. La porción del vasto continente, elegida por su

más bajo precio, no era más que kilómetros de pastizal inútil, con confusos límites entre este y el de algún posible vecino. Para empeorar aún más la situación, las eternas guerras tenían a la región devastada: revoluciones, arrasamiento de hectáreas enteras, alzamientos y robos. En los escasos periodos de paz, el matrimonio y los dos hijos, con el pequeño Américo atado a las espaldas de su madre, cortaba las eternas malezas que endurecían la tierra, sembraban o la preparaban para la próxima cosecha, arreglaban su precaria vivienda de los fuertes inviernos o recogían los frutos que la austera *Tierra de la prosperidad* les ofrecía. En uno de esos inviernos, el más largo y crudo que se tenía memoria, azorada por la mala alimentación y el cansancio, la señora Riales enfermó gravemente. Su esposo, desesperado, caminó por tres días y sus noches para llegar a la ciudad, única esperanza de encontrar a un médico dispuesto a salvar la vida a un extranjero pobre. Por esa época, hacía meses del segundo sitio de Montevideo por las tropas patriotas lideradas por Rondeau. El gobierno *realista* estaba siendo amenazado por independentistas y sus seguidores de la campaña; razón suficiente para no dejar entrar a ningún habitante de la misma, por más harapiento y desesperado que se viera. Don Riales lo sabía: cualquier hecho se convertía en amenaza para los hombres del gobierno y cualquier hombre de campo significaba un posible alzamiento. Desesperado y sin nada más que intentar, el abuelo de Don Alberto Riales gritó y pidió por un médico en la puerta del sitio de la ciudad. Ignorando los empujones y amenazas de los soldados, estuvo dos días desfalleciendo de cansancio y sed, clamando por un doctor a viva voz, hasta que logró ser oído por un joven para el que no había murallas ni poder político más fuerte que el juramento hipocrático. Cuando llegaron, ya no había salvación posible para la enferma. Murió delirando

de fiebre, amarilla como el sol y en cinta de un mes. No hubo consuelo para su esposo, quien, harto de ahogar sus penas en alcohol, abandonó estas tierras malditas y decidió alistarse en el ejército realista, más por ansia de destrucción y olvido que por fidelidad a la tradición española, como pensaron muchos. La guerra duró varios años y, en ese tiempo, peleó, resistió y embistió como pocos. Cuando su odio parecía calmarse, murió en combate en región chilena, defendiendo el gobierno del rey que perdía frente a las tropas del independentista San Martín. Para el mundo rioplatense significaba un periodo independentista, pero para el general Riales significó, por fin, su descanso en paz.

Sus hijos, que habían quedado huérfanos casi diez años antes, no se enteraron de la muerte de su padre hasta unos años después, cuando el mayor de ellos cumplió la mayoría de edad. Una mañana, fueron citados en el enorme despacho de la directora del hogar para niños huérfanos, la misma que los recibió cuando el menor era solo un bebé y habían sido dejados ahí de forma misteriosa. La directora les comunicó que a partir de ese momento quedaban a cargo del hermano mayor. Le entregó un sobre con unos papeles de propiedad de unas tierras dejadas por su padre muerto y un montoncito de dinero. También les comunicó con una gran sonrisa que el hermano mayor tenía un puesto de trabajo en el puerto para ayudar a descargar las mercancías que llegaban de países lejanos y que con eso podían pagarse hospedaje y comida. Las puertas del hogar se cerraron a espaldas de los hermanos Riales, más desconcertados que felices de su nueva condición.

La vida en la ciudad resultó mejor de lo que esperaban, principalmente para el primogénito que pronto pudo adaptarse al trabajo en el puerto y a la vida de hombre que el empleo

acarreaba. Fue valorado por el patrón por su trabajo imparable sin dar señales de queja ni cansancio. Los compañeros lo aceptaron, al principio por lástima a su condición de huérfano y luego por su ánimo para la juerga y la bebida. El trabajo de carga le fue gestando un cuerpo armónico y musculoso, por lo que pronto descubrió los placeres de las señoritas de la noche que embellecían los refugios nocturnos montevideanos. Al cabo de años de trabajo, llegó al puerto una flota inglesa beneficiada por el libre comercio y sintió una fuerte necesidad de encontrar su destino en otras tierras. Así que, una tarde de otoño el mayor de los Riales se convirtió en un peón a bordo del Reina Sofía y no volvería jamás. Su lugar en el puerto y en las parrandas nocturnas lo tomó el que le seguía en edad; pero, con mucho menos suerte que su hermano, contrajo sífilis y murió en menos de un año.

Américo Riales no hubiera podido soportar la pérdida de la única familia de la que tenía memoria si no fuera porque, desde hacía un tiempo, había caído en las redes del amor; en las que se sentía tan atrapado que no hacía otra cosa más que vivir para los breves y pecaminosos encuentros. Se llamaba Francisca Santos y era hija de un comerciante que se había enriquecido con la importación de ron de contrabando de la isla de Samana Cay, colonia británica desde 1787, pero coqueteada eternamente por América del Norte, a la que le vendía en exclusividad sus productos. Aprovechando la prosperidad que vivía la isla durante la guerra civil estadounidense, tenía tratos ilegales con todo capitán de barco inglés que atracaba en bahías prósperas de norte a sur, y el puerto estrella del Río de la Plata no era una excepción. Ahí conoció al primogénito de los hermanos Riales y, dada la complicidad que se estableció entre ambos, lo ayudó para embarcarse con ciertos privilegios en el barco del inglés amigo.

Desesperado por la decisión de su hermano, el joven Américo trató por todos los medios de hacer desistir de tan alocada idea, por lo que una mañana se dirigió a la casa del comerciante para rogarle que retirara el favor que iba a hacerle a su hermano. Cuando llegó a la casa, la imagen de Francisca desde la reja entreabierta le cambió la vida para siempre. Fue tal el impacto que le provocó lo que para él era una belleza sobrenatural, que hasta casi olvidó el motivo de la visita; y cuando por fin fue atendido por el padre, no hizo más que balbucear incoherencias, por lo que el comerciante lo despachó sin darle importancia, creyendo que la historia tan dura de los Riales había afectado el cerebro del pobre muchacho. En los tiempos venideros a la imagen de Francisca en la reja, vio partir a un hermano y enterrar al otro. Su vida se convirtió en dos propósitos que eran uno: casarse con Francisca y huir juntos para cualquier otra parte donde no hubiera puertos que le marcaran la vida.

Tres años le costó a Américo Riales conquistar a la joven, y la vida entera, en ser aceptado por su suegro, que tenía planes más exitosos para su única hija que verla casada con un atolondrado que no tenía un centavo. No hubo ruegos ni invocaciones a la madre muerta que conmovieran el corazón de su padre. Bastó nombrar la palabra embarazo para que el severo comerciante sintiera el peso de la vergüenza y el fracaso como padre. Así que fue único partícipe de la boda con la condición de que se fueran lejos y volvieran con el niño, evitando así la vergüenza y los cálculos de las señoras solteronas en las tertulias sociales. El padre de Francisca le dio dinero y una carreta a su reciente yerno, y los despidió maldiciendo el día que conoció al primogénito de los Riales. La carreta que llevaba al reciente matrimonio Riales-Santos tenía una sola dirección a la que pudo echar mano: las tierras dejadas por su padre en ese documento

amarillento que rescató de la basura cuando era solo un niño, intuyendo que ese papel podía ser su salvación algún día. Ahora tenía dudas. No sabía a ciencia cierta dónde estaban esas tierras y mucho menos en qué estado las encontraría. Sabía, eso sí, de los peligros que azotaban la campaña y temía por su esposa, que no había parado de sentirse indispuesta desde que salieron de la ciudad. A cada rato tenía que parar la carreta para que se reponga de las náuseas que volvían cada media hora, temiendo un ataque de salvajes o que los robaran y mataran los bárbaros a caballo. Después de días de penoso viaje, llegaron a lo que el amarillento mapa señalaba: un vasto territorio con pastizales resecos por la sequía y sin esperanza de cosecha posible. A lo lejos, se veían unas ruinas de chimenea hecha con piedras, lo que parecía haber pertenecido a una vivienda en algún momento y que pudo servir de refugio a los solitarios habitantes de la campaña después.

—¿Por qué llorás? —preguntó Francisca, apenas repuesta del viaje y los mareos.

Entonces lo supo.

—Aquí nací.

El pequeño Alberto Riales llegó a este mundo con un pan debajo del brazo. Después de meses de trabajo duro, hambre y miserias, don Américo pensó que era hora de invertir el dinero dado por su suegro; pero no en semillas y arado, como creyó al comienzo, sino en ganado. Así como sus hermanos tuvieron la habilidad para el trabajo portuario, él la tenía para los negocios; y pronto supo que el futuro estaba en los animales y no en la tierra. Pudo resistir junto a su esposa el intento de domar esa tierra infértil que a duras penas podía mal alimentarlos, pero ya era hora de probar lo que estaba haciendo ricos a los pocos